

Adela, dudando del efecto que causaba en el agente, le preguntó:

—¿Qué decide Vd., Sr. Perez? ¿Sigue Vd. con sus escrúpulos, ó está Vd. dispuesto á ganarse una respetable suma?

—Señora, si fuera posible evitar... aunque yo perdiese ese dinero...

—¡Quién sabe! Acaso no tendremos que apelar á tan extremo recurso. Pero, en fin, si, cómo Vd. dice, llegara ese caso...

—Estoy á las órdenes de Vd., señora, contestó el Sr. Perez, temeroso de que se le escapara la ocasion de hacer un *buen negocio*.

—Enhorabuena, dijo Adela; pues deajo á Vd. todo el dia de hoy y el de mañana para que ensaye sus poderosos medios. Si pasados estos dos dias no ha conseguido Vd. nada, me encargaré yo de poner término á nuestro asunto.

Este diálogo concluyó así.

Adela se retiró á su casa.

D. Jacinto se dispuso á poner por obra sus planes, que, haciéndole justicia, debemos consignar que deseaba fueran eficaces.

V.

La prueba del Sr. Perez.

Aunque el Sabueso era hombre de ánimo esforzado no pudo sustraerse, cuando quedó solo, envuelto por las tinieblas de su improvisada cárcel, á un sentimiento de terror que se levantaba en lo más íntimo de su pecho.

En vano pretendia convencerse á si mismo de que ni Adela ni el agente de negocios serian capaces de cumplir sus embozadas amenazas; una voz secreta le advertia de ignorados peligros que, precisamente por lo que de ignorados tenian, comenzaban á adquirir en su imaginacion colosales proporciones.

Y, sin embargo, el Sabueso no desmayaba en sus buenos propósitos: ni las amenazas de Adela, ni los ofrecimientos hechos á ésta por D. Jacinto de medios eficaces para obligarle á revelar sus secretos, ni el terror, en fin, que á su pesar se apoderaba de su espiri-

tu, bastaban á inspirarle la más leve duda acerca de lo que él consideraba el cumplimiento de su deber.

Después de unos momentos de temor y de angustia, logró dominar la postracion que iba destruyendo la energía de su carácter, y sacudiendo la cabeza, como si con este movimiento hubiera querido desechar las ideas pavorosas que le entristecian, se dijo:

—Tengamos calma y resignacion: yo no sé por qué me han atemorizado hoy las miradas de Consuelo y las de ese pícaro que me tiene encerrado aquí; pero hay que evitar á toda costa que crean que les temo, porque entonces... No, no; ni yo les temo tampoco. ¡Qué diablos!... Ya pueden hacer de mí lo que mejor les parezca: yo no doy esta carta que justifica á mi amigo el doctor Antunez, y sin la cual seria muy dudoso que el Sr. de Ferreira concediera la mano de su hija al mismo con quien se batió por una cuestion de honra. ¡Y pensar que nada puedo hacer por mis amigos!... ¡Pobre Margarita!... ¡Pobre doctor!

Y discurriendo así, Bernardo recobraba poco á poco la serenidad de su espíritu.

A la sola idea de la desgracia de Margarita y Antunez, aquel noble corazón daba al olvido el inminente riesgo en que se encontraba.

Mientras tanto el Sr. Perez no habia vuelto á bajar al sótano.

Como si no pensara ocuparse más de su prisionero, y como si no hubiera convenido con Adela en plantear inmediatamente los procedimientos de que le habia hablado, se entregó á sus habituales quehaceres,

aunque cuidando antes de prevenir á los guardianes de Bernardo que le avisasen tan pronto como el preso llamara, ó si advertian alguna novedad, algun ruido, en el interior del calabozo.

Casi todo el dia pasó de este modo sin que el señor Perez se ocupara, ostensiblemente al ménos, del infeliz Bernardo, y sin que éste diera señales de vida.

Cuando la tarde llegó, el prestamista se dispuso á visitar á su prisionero, resolviéndose al fin á dar principio á su prueba.

—Ya es hora de que ese mozo tenga ganas de comer, se dijo; vamos allá.

Y, en efecto, abrió un armario de pino que adornaba su despacho, tomó de él un poco de pan y un buen pedazo de bacalao seco, encendió su linterna y se dirigió á la escalera que conducia á la prision de Bernardo.

A poco, y seguido de sus dos satélites, sin los cuales no se hubiera atrevido á visitar al Sabueso, entró en el sótano diciendo:

—Buenas tardes, mala cabeza: ¿estamos ya más conformes con esta vida, ó puedo esperar que entres en razon y me reveles ese secreto?

Bernardo no contestó.

Al oír el saludo del Sr. Perez pudo apreciar con exactitud el tiempo que habia estado detenido en aquella prision tenebrosa, y un principio de desesperacion volvió á apoderarse de su espíritu.

Segun las palabras del Sr. Perez, se encontraba en la tarde del primer dia de su secuestro, y nunca

como entonces le pareció abrumadora la lentitud con que el tiempo corria.

En medio de su aislamiento, de su soledad y de las tinieblas que le rodeaban, habia creído más de una vez que las horas trascurrían velozmente acercándole al término de su angustiada situación.

El Sabueso, que estaba sentado en uno de los rincones del sótano, y entregado á sus ideas dolorosas, ni aun se dignó responder á las palabras del Sr. Perez.

El prestamista, observando la inmovilidad de su prisionero, se detuvo un instante á contemplarle, y al cabo dijo:

—No me gusta que te entristezcas de ese modo; debes desechar todo sentimiento de inquietud, y si esta vivienda no te gusta, ten presente que puedes salir de ella libre y rico sin más que entregar un miserable papel, por el cual no daría yo ni medio maravedí... ¿No me oyes? Estoy hablando contigo, ¿en qué piensas?

El Sabueso fijó su mirada en el Sr. Perez.

En realidad no habia hecho caso de las palabras del agente de negocios, y no sabia lo que éste le habia dicho.

—Vamos, vamos, añadió el prestamista, veo que te distraes de tal modo que es imposible que por esta vez nos entendamos. Paciencia; más tarde será, ó lo dejaremos para mañana. Aquí tienes tu comida; no es tan suculenta como yo quisiera, pero, hijo mio, los tiempos están malos y un pobre como yo no puede regalar á sus huéspedes dándoles gollerías.

Y el buen Sr. Perez, mientras hablaba así, colocó sobre el tablon que cubria el pozo el pan y el bacalao que debían servir de comida á Bernardo.

—Vaya, continuó D. Jacinto, está visto que no hay forma de conseguir que hables ni una palabra. Lo siento; yo estoy de buen humor, y hubiera querido echar un párrafo contigo: otra vez será. Vamos, muchachos, añadió, dirigiéndose á los guardianes del Sabueso; cada uno á su lugar y dejemos á este tonto, que sin duda se ha quedado mudo:

Y esto diciendo, el Sr. Perez abandonó el sótano acompañado de sus satélites, que cerraron tras sí las puertas, dejando nuevamente al Sabueso reducido á la oscuridad, al silencio y á la tristeza de su prision.

Bernardo, que no habia vuelto á comer desde la mañana de aquel dia, y que empezaba á sentir los efectos del hambre, cuando estuvo solo se levantó, y á tientas se acercó al pozo donde el Sr. Perez le habia puesto su comida.

Tomó el Sabueso entre sus manos el pan y el bacalao, y maquinalmente comenzó á comer del uno y del otro; pero sin abandonar las tristes ideas que sin cesar le atormentaban.

Desde que Adela le habia visitado, y desde que entre esta mujer y el agente de negocios se habia convenido en emplear medios extraordinarios para arrancarle su secreto, Bernardo no podia sosegar.

Aquella mañana habia sorprendido el horrible pensamiento de Adela, por el cual se consideraba condenado á morir dentro del pozo de su prision, y este

castigo, impuesto á la lealtad con que servía á sus amigos, no habia logrado espantarle.

Por el contrario, habia despreciado más que nunca á la infame mujer que no vacilaba en ordenar su muerte, y habia sonreído con indiferencia á la idea de su suplicio.

Pero cuando éste quedó aplazado por las indicaciones del Sr. Perez; cuando vió que se suspendía la ejecucion de los proyectos de Adela; cuando tuvo fundamento para pensar que se trataba de someterle á pruebas más terribles que las que habia propuesto la que él llamaba su mujer, entonces sintió frio en el corazon y un temor extraño, que procedia seguramente de ese prestigio colosal con que la imaginacion reviste por lo comun todo lo que nos es desconocido.

Y en vano trataba el Sabueso de desechar de su mente las pavorosas imágenes que le perseguian sin descanso: las palabras misteriosas del agente de negocios resonaban en sus oídos como una amenaza suspendida sobre su cabeza, que debia herirle de un momento á otro y acaso cuando ménos lo pudiera esperar.

¿Cuáles serian los procedimientos seguros, de infalibles resultados con que el Sr. Perez habia prometido que su victima seria reducida á una absoluta obediencia?

¿Qué tremendo fin le aguardaba en aquella lóbrega mansion?

¿A qué infernal martirio se le tenia condenado, martirio que él no podia ni siquiera sospechar?

Hé aquí las preguntas que se hacia el Sabueso

mientras terminaba su miserable comida, y para las cuales no encontraba ni la menor contestacion.

Por fin, cuando hubo concluido de comer buscó el jarro en que por la mañana le habian bajado el agua, y no lo halló, como él se prometia, sobre la cubierta del pozo que le servia de mesa.

Esto fué para Bernardo una contrariedad, pues los *manjares* que le habia proporcionado el Sr. Perez eran de los que á falta de vino reclaman un buen vaso de agua.

Mas por el pronto se consoló el Sabueso pensando que D. Jacinto no dejaría de hacerle una última visita por la noche, cuando no para darle de cenar, para remediar la falta que en aquel momento echaba de ver.

Como todo el que se halla perseguido por una idea fija, Bernardo no dedicaba su atencion más que á los temores que le inspiraban las amenazas del Sr. Perez.

Los fantasmas que se levantaban en la imaginacion del pobre Sabueso, abultados por la tenebrosa oscuridad y el sepulcral silencio de su calabozo, eran cada vez más aterradores.

Así pasó más de una hora. Al cabo de este tiempo la sed comenzó á mortificar á Bernardo, que interiormente renegaba de su negra estrella y de los descuidos de D. Jacinto.

Poco á poco la que al principio fué una contrariedad y despues una necesidad verdadera, tomó el carácter de un suplicio horrible.

La sed devoraba á Bernardo, y este sufrimiento real, positivo, presente, concluyó por extinguir los

temores que tanto le preocupaban algún tiempo antes.

Habían pasado más de cuatro horas y el tormento del Sabueso se acrecentaba por minutos.

Cien veces volvió á extender sus manos sobre el tablon que cubria el pozo, buscando á tientas el jarro de agua que debió acompañar á su comida y que no hacia memoria de haber visto que el Sr. Perez lo bajase en su visita de la tarde que acababa de pasar.

—No recuerdo, se decia Bernardo tentandó y reten-tando la cubierta del pozo por última vez, no recuerdo que ese maldito viejo trajera el jarro que tuve aquí esta mañana; pero es lo cierto que cuando él bajó no estaba yo para mirar lo que traía... He sido un cobarde... he tenido miedo... ¡Oh! pero ya pasó: ahora quisiera ver aquí á ese bribon sin conciencia... ¡Ah! tal vez habrá puesto el jarro en el suelo: veamos.

Y Bernardo se inclinó, y, lentamente, para evitar que un tropiezo le hiciera verter el agua que todavía esperaba encontrar, fué recorriendo todos los rincones de su calabozo y palpando con las manos el suelo en toda su extension; pero inútilmente: el jarro no parecia; el Sr. Perez no habia bajado agua á su prisionero, y éste, convencido de la horrible verdad de su situacion, fué á dejarse caer en un estado de abatimiento profundo sobre el tablon que servia al pozo de cubierta.

De pronto se incorporó como movido por un resorte: una idea siniestra acababa de brotar en su mente iluminándola y dejándole ver con claridad lo que para el porvenir le estaba reservado.

El Sabueso, con la lucidez peculiar de su instinto, adivinó al momento cuáles eran los planes del agente de negocios, cuáles las irresistibles pruebas que el infame usurero se habia propuesto emplear con él.

—Ya lo comprendo, se dijo, no han logrado nada de mí con sus amenazas de muerte, y este viejo asesino intenta reducirme por medio de la sed; esta es la que él llama su prueba... y yo, necio de mí, que he comido ese bacalao con el que ha apresurado el instante de mi martirio...

El descubrimiento estaba hecho, y Bernardo cayó en un estado de horrorosa desesperacion.

Efectivamente, D. Jacinto sabia que la sed produce tormentos indecibles, que pocos hombres pueden soportar, y seguro de que el Sabueso no sospecharia sus planes, toda vez que con el desayuno de aquel dia le habia llevado agua, dióle á comer el bacalao seco, como estimulante el más poderoso para provocar la sed, y se retiró resuelto á esperar con calma el triunfo de su infernal idea.

Mientras tanto el infeliz Bernardo experimentaba todas las amarguras que la sed causa, amarguras que en su estado se hacian mucho más crueles, pues á las que naturalmente sentia por no haber bebido desde la mañana anterior y por haber comido despues el bacalao seco, agregábanse ahora las que le hacia sufrir la evidencia que ya tenia de cuáles eran los propósitos del Sr. Perez.

Un célebre escritor de nuestro teatro antiguo, el

doctor Mira de Amescua, ha dicho, si no recuerdo mal:

que es el mayor enemigo
la propia imaginacion.

Y esto sucedia á Bernardo, pues aunque grande la sed que realmente sentia, era, sin embargo, mayor por lo mucho que su imaginacion le abultaba los efectos que debia experimentar.

A tal grado subieron su abatimiento y su desesperacion, que, volviéndose á echar sobre el tablon del pozo, lloró acaso por la primera vez de su vida y lloró lágrimas de fuego.

El desgraciado estaba poseido de una rabia tal que si en aquel momento el agente de negocios se hubiera atrevido á visitarle, el Sabueso lo habria despedazado entre sus manos.

A aquella explosion de ira la reemplazó de nuevo el abatimiento: Bernardo secó sus lágrimas y pensó en Dios para quejarse á él de su fatal destino.

Despues se entregó á una meditacion profunda, y como si dudara de su mismo valor procuro hallar un medio que le librara de la tentacion de vender la carta, que á tan duro extremo le habia conducido, por un jarro de agua.

Pero esta reflexion era inútil: el Sabueso no podia sustraerse á ser el depositario del único documento que debia justificar al doctor Antunez y perder á Adela; no tenia dónde ocultarlo; á nadie lo podia confiar, y solo rompiéndolo ó haciéndolo desaparecer estaba en su mano evitar la cobarde tentacion á que ha-

bia comenzado á cobrar miedo: mas en este último caso todo estaba perdido; los mismos resultados habia de producir la entrega á Adela de la carta que ésta codiciaba, que la inutilizacion completa de este papel: de ambos modos la esposa desleal quedaria victoriosa.

Bernardo pensó todo esto, y por fin adoptó una determinacion suprema: estaba resuelto á probarse á sí mismo.

—Moriré de sed, exclamó; pero no lograrán que haga traicion á aquellos amigos á quienes puedo hacer felices.

Y con esta última reflexion puso fin á sus heroicas determinaciones para abandonarse otra vez al dolor de su martirio.

Nuevamente, pero con esfuerzos más desesperados, intentó arrancar la cubierta del pozo, pues para mayor suplicio suyo el agua estaba junto á él, á corta distancia de su mano, y, sin embargo, no la podia alcanzar.

Fué vano su empeño: el tablon que cubria el pozo y la barra de hierro que lo sujetaba eran tan fuertes que hubieran resistido sin ceder los esfuerzos de diez hombres como Bernardo.

Éste se destrozó los dedos hasta hacerse sangre, y al cabo, convencido de que nada podia conseguir, desistió de su empresa.

Y era tan grande su desgracia, que el trabajo que empleara inútilmente le habia sofocado, y, como era natural, aumentaba su sed.

Un vértigo extraño comenzó á apoderarse de su cabeza.

Sentía secas las fauces; la lengua, íseca también, se le pegaba al paladar, y la horrible certidumbre de que aquel tormento no había de tener fin, le producía angustias imaginarias tan insoportables como las que realmente estaba devorando.

Hubo momentos en que el Sabueso creyó volverse loco.

Aturdido, sin saber lo que hacía, daba paseos alrededor de su calabozo luchando con el doble tormento de la sed y de la falta de toda esperanza.

Los que cruzan las vastas soledades del desierto no sufren tanto como aquel desventurado: allí la esperanza no acaba nunca; la sed abrasadora se calma á horas determinadas, siquiera sea con una corta cantidad de agua pútrida y caliente extraída de un odre, y despues queda la consoladora idea de que el viaje tiene momentos de descanso en el oasis apacible, donde los árboles prestán sombra y frescura, aroma la flor y la mansa fuente agua cristalina.

Para Bernardo no había nada de esto: en su negra prision le aguardaba un suplicio que solo con la muerte podía tener fin.

Acosado por la sed y por sus tristes pensamientos, cediendo al cabo á las exigencias del instinto de conservación, ó siendo quizá más débil de lo que él hubiera querido, se detuvo delante de la puerta del sótano.

Los pasos de uno de sus vigilantes resonaban monótonos y acompasados junto á aquella puerta, y el Sabueso en este ruido creyó entrever una esperanza

Se acercó allí donde los pasos continuaban resonando, y con acento angustioso exclamó:

—¡Aguá!... ¡Aguá!... ¡Me abraso de sed!...

El carcelero no se dió por entendido.

Sus pasos siguieron acompasados y uniformes, sin denotar que la súplica del Sabueso hubiera ocasionado en él impresion alguna.

Esta frialdad con que su ruego era acogido irritó más á Bernardo, quien levantó sus puños y golpeó en la puerta fuertemente, al mismo tiempo que gritaba de nuevo:

—¡Aguá!... ¡Por piedad, un jarro de aguá!... ¡Este tormento es insufrible!

Los pasos del guardian cesaron repentinamente.

El profundo silencio de las tumbas volvió á reinar en torno del Sabueso, y por el pronto la esperanza renació en el pecho de este desgraciado, que aplicando el oído á la puerta del sótano, se decia:

—No oigo nada... ¡Ah!... ¿Si se habrá compadecido de mí? ¿Si habrá ido á buscar á ese viejo infame para advertirle de su descuido? Esperaré... no deben tardar.

Y resignado aguardó más de diez minutos el regreso de su vigilante que no volvió á dejarse sentir.

Quando el Sabueso creyó demasiado larga esta tardanza, se enfureció nuevamente y desahogó su despecho exhalando otra vez súplicas y quejas y haciendo estremecer á sus rudos golpes la puerta de la prision.

De pronto sintió ruido de pasos de diferentes personas que se acercaban, y dejó de llamar.

Estos pasos se oían en la escalera que conducía al sótano y eran indudablemente del viejo á quien Bernardo maldecía y de los dos guardianes que siempre le acompañaban.

Esta vez la esperanza del Sabueso fué completa: ya no le quedaba duda, aquella gente le traía el agua apetecida.

En efecto, los pasos se detuvieron delante de la puerta; pero esta permaneció cerrada, despues de extinguirse todo ruido exterior.

—¿Es esto una burla? se preguntó Bernardo, y llamando á voces continuó sus súplicas diciendo:— ¡Agua!... ¡Agua!... ¡Que me muero de sed!

Una voz que le era harto conocida, la del agente de negocios, le contestó desde fuera:

—¿Qué es eso? ¿Qué te sucede, amigo Bernardo? ¿Por qué alborotas de ese modo á las tantas de la noche?

—Porque rabio de sed, contestó el Sabueso; se olvidó Vd. de traerme agua cuando comí.

—¿Que me olvidé has dicho? interrumpió el señor Perez con tono de sangrienta burla; te equivocas, hijo mio; yo no olvido sino lo que nada me importa, y tú me inspiras mucho interés para que pueda descuidar ni lo más mínimo de lo que á tí se refiere. Vamos, dime lo que deseas.

—¡Agua! gritó Bernardo; ¡un jarro de agua nada más!...

—No uno, veinte te daré yo si eres razonable, respondió desde fuera la voz zumbona del prestamista.

El Sabueso se estremeció al oírle.

—Vamos, continuó el Sr. Perez, ¿estás resuelto á conseguir que tus penas concluyan?

—Sí, contestó Bernardo.

—¡Hola! ¿Dices que sí?... Mucho me alegro. ¿Quieres que tus vigilantes se conviertan en criados humildes, que te traigan cuantos vasos pidas de un agua pura y fresca, tal como la deseas ahora?

—Sí, sí, dijo otra vez el Sabueso.

—Pues en tu mano está que lo consigas. Dime dónde ocultas el papel consabido, y tendrás toda el agua que quieras, buena comida, dinero y libertad...

Bernardo no contestó.

Sabia por demás que éste habia de ser el precio que se pusiera á la satisfaccion de la apremiante necesidad que experimentaba, y no le sorprendió la exigencia de D. Jacinto; pero si la puerta que separaba á ambos interlocutores hubiese estado abierta, si la luz hubiera bañado el semblante del Sabueso y el Sr. Perez lo hubiera visto, seguramente habria huido de la presencia de su prisionero, temeroso de ser víctima del espantoso furor que en su rostro se pintaba.

Pero el agente de negocios se contentó con adivinar lo que pasaba detrás de aquella puerta, que tuvo buen cuidado de no abrir, y al cabo de algunos instantes, no recibiendo respuesta, insistió en preguntar:

—¿En qué quedamos? ¿Te se trae el agua que pides y me das el papel de que te he hablado, ó me voy á dormir, dejándote pasar la noche rabiando de sed?... ¿No contestas?

Bernardo guardó silencio por algunos momentos más.

Al cabo dijo:

—Es inútil que yo descubra el sitio donde tengo esa carta. A esta hora no es posible ir á recogerla...

—Buenas son todas las horas, replicó el Sr. Perez, y no pierdas tiempo en decirme la verdad de lo que te pregunto, porque no has de beber agua mientras la carta no esté en mi poder.

—Ya he dicho, insistió el Sabueso, que á esta hora no se puede entrar en el lugar donde yo guardo esa carta.

—¿Y qué lugar es ese? preguntó intencionalmente D. Jacinto.

—Una casa, respondió Bernardo, que á estas horas está siempre cerrada y sin morador alguno.

—Para mí no hay casas cerradas, replicó el prestamista; yo sé abrir todas las puertas por buenas que sean sus cerraduras.

El Sabueso, viendo que era imposible vencer al Sr. Perez, volvió á guardar silencio.

—¿Callas? preguntó el agente de negocios al cabo de unos segundos, corriente; pues ya que desprecias mis consejos amistosos y el agua riquísima que habia preparado para calmar tu sed... adios, y que pases buena noche.

El prestamista dijo estas palabras con una cruel ironía, y sus pasos y los de sus satélites resonaron por la inmediata escalera alejándose de la prision de Bernardo.

Este habia quedado mudo, inmóvil, arrimado á la puerta de su lóbrego calabozo y sin acertar á decir una palabra que pudiera detener al Sr. Perez.

Pasado algun tiempo volvió á dar vueltas por su prision mientras luchaba su mente con dos distintas ideas, la de vender la carta de Adela por una poca de agua y la de mantener su fidelidad á Antunez y á Margarita.

Aquella noche el Sabueso no pudo dormir.

La sed que le devoraba iba aumentando por instantes; sentia en su lengua seca agudos dolores, como si en ella se clavase una lluvia de alfileres, y su misma respiración fatigosa y ardiente abrasaba sus enardecidas fauces.

En esta situacion era imposible que encontrase reposo.

Y la noche pasó así. Bernardo habia llegado á un estado de sobreexcitación horrible.

A la mañana siguiente no bajó D. Jacinto, como él esperaba, á llevarle su desayuno. Pero á una hora, que el Sabueso no podia determinar cuál fuera, se abrió la trampa que caia sobre el pozo y por ella penetró un rayo de luz.

A poco por el hueco de la trampa asomó la cabeza del Sr. Perez.

—Buenos dias, Bernardo, dijo el viejecillo buscando inútilmente entre las sombras del sótano el lugar en que se hallaba su prisionero: ¿dónde estás que no te distingo?

El Sabueso guardó silencio, seguro de que era tiempo perdido acudir á la clemencia del prestamista.

Este prosiguió:

—¿No contestas? ¿Sigues en tu manía de no revelarme ese secreto? Peor para ti, tanto peor. ¡Si tú vieras qué agua tan rica te tengo preparada para premiar tu condescendencia cuando te decidas á ser franco conmigo. Está fresca, pura, cristalina y tomada de la mejor fuente de Madrid. ¿Me estás oyendo, testarudo?

El Sr. Perez procuraba mortificar al Sabueso aumentando en éste el martirio de la sed hasta con sus palabras.

Bernardo lo comprendió así y permaneció silencio, resistiendo con el heroísmo de los mártires la prueba á que se le estaba sujetando.

—Ya cambiarás más adelante, continuó D. Jacinto; despues que comas tu almuerzo de hoy, hablaremos. Toma, ahí llevas el único alimento que por ahora te puedo dar, y el que tendrás en adelante, hasta que te decidas á confesarme dónde diablos ocultas ese maldito papel.

Y al decir estas palabras el Sr. Perez dejó caer un gran pedazo de bacalao seco sobre el tablon que cubria el pozo.

Despues se retiró, diciendo al guardian que custodiaba la trampa por donde se habia asomado, y de modo que Bernardo lo oyese:

—Si toma ese almuerzo, no tardará en llamarme; el

que de Vds. le oiga que me avise. Si no come, tanto mejor, morirá de hambre y de sed, y con él morirá el secreto que se obstina en ocultar.

D. Jacinto desapareció, y la trampa del pozo cayó en su sitio, ocasionando un ruido profundo que retumbó en la bóveda del sótano y en el corazon del Sabueso, siniestro y aterrador.

Al infeliz Bernardo se le ocurrió pensar que este ruido era el de la losa de su tumba, que en vida caia sobre él para no volverse á levantar.

Pasados algunos momentos se acercó al pozo y buscó lo que allí habia echado D. Jacinto.

—¡Ah, viejo infame! exclamó cuando supo en lo que consistia el almuerzo que le llevara el Sr. Perez; ¿pretendes aumentar mi tormento?... ¡Maldito seas!

Y con un movimiento de rabia arrojó lejos de sí el trozo de bacalao que estaba resuelto á no comer.

Avanzaba el día; pasaban las horas de indecible angustia á que el Sabueso estaba destinado, y éste llegó, por último, al término de la desesperacion.

La sequedad de la boca y de la garganta no le permitia ni gritar.

Hubo momentos en que hubiera deseado quejarse á voces de su triste suerte; pero su propio aliento le quemaba y no podia articular las frases.

Buscando un medio de apagar aquel ardor, aquella ansiedad indescriptibles que la sed le producía, se tendió boca abajo y aplicó al suelo, frio y húmedo por las aguas del pozo, su lengua seca, áspera y abrasada.

Y el frío y la humedad le produjeron un gran consuelo.

Cuando el ardor de su lengua calentaba un sitio, el Sabueso se arrastraba buscando otro en que hallar aquella fresca consoladora; y el infeliz recorrió de este modo diferentes veces todo el recinto de su prision.

Pero ni este medio era suficiente para apagar su terrible sed, ni tenia alimento alguno con que aplacar el hambre que tambien le mortificaba, pues es inútil decir que hubiera preferido la muerte á comer el bacalao seco que le habia llevado el Sr. Perez.

Así trascurrió el día.

D. Jacinto no volvió á visitar á su prisionero, seguro de que éste, estrechado por su tormento, le llamaría al fin.

Peró el Sr. Perez se equivocaba en sus cálculos.

Sentado á la mesa de su despacho veia desaparecer los últimos rayos de la luz del día, que penetraban por una ventana, diciendo:

—No es posible hallar hombre más duro: lleva dos dias en que apenas ha comido y bebido, y, sin embargo, no se entrega. ¡Maldito mil veces! Está retardando el instante en que debo percibir una fortuna... nunca se lo perdonaré.

Y mientras tanto el Sabueso, vencido por la fuerza de su infernal martirio, habia perdido la razon y se hallaba en el fondo de su calabozo, tendido, desmayado, casi sin vida; pero, al cabo, descansando en este estado, semejante al de la muerte, del tormento cruel á que le habia sujetado el Sr. Perez.

La prueba de Adela.

El plazo concedido á D. Jacinto por la de Ferreira para arrancar á Bernardo la carta que á todo trance deseaba poseer, iba á espirar, y el agente de negocios no habia logrado cosa alguna de provecho, á pesar de haber empleado con todo rigor los infalibles procedimientos, cuya eficacia habia ponderado tanto en su última conferencia con Adela.

D. Jacinto no habia dormido en la noche que acababa de trascurrir.

Diferentes veces se habia asomado á la trampa que daba sobre el pozo, y desde allí habia llamado al Sabueso, pero inútilmente; éste no contestaba.

Ante su obstinado silencio, el Sr. Perez pensó en bajar al calabozo, mas no se atrevió.

El agente de negocios era cobarde, y su conducta con el infeliz Bernardo no dejaba de pesar sobre su